LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS

POR

"GIRALDO"

LA DERROTA DE LAS "MÁQUINAS"

En las horas más críticas vividas a partir del día mismo en que las fuerzas alemanas firmaron la rendición incondicional, y cuando la paz parecía estar amenazada desde las dos vertientes en que la transitoria alianza, que hizo posible la victoria de 1945, se ha escindido, el pueblo norteamericano acudió a las urnas para elegir su LXXXV Congreso y decidir sobre la reelección de su trigésimo cuarto Presidente. Ni en los momentos más inciertos de la pasada contienda internacional, ni en las vísperas de la primera conflagración universal, ni siquiera en las jornadas inquietantes de la guerra fría, con sus constantes mareas, el electorado norteamericano tuvo que enfrentarse ante situación tan compleja, y cuyo desenlace podía desencadenar una nueva y más catastrófica guerra.

En las semanas que precedieron a la jornada electoral, los cálculos, tan característicos en la vida norteamericana, habían ido señalando con precisión de minutos la creciente corriente de simpatía hacia el Presidente Eisenhower; pero la gran interrogante saltó de improviso a la palestra en la antevíspera de la jornada decisiva: ¿cómo reaccionaría el cuerpo electoral norteamericano ante la ruptura de la alianza atlántica y ante la para él incomprensible actitud de Francia y de Inglaterra, tan endeudadas, sin metáfora alguna, con Wáshington, y que, sin embargo, adoptaban decisión tan grave como la invasión de Egipto a espaldas y en contra de la Casa Blanca? En el último minuto, el candidato demócrata se encontraba con un arma en sus manos que bien podía ejercer, sobre los millones de votantes no adscritos a la disciplina bipartidista, el influjo decisivo que no habían logrado ni la alusión a los riesgos de la bomba "H", ni las críticas de la política de Mr. Dulles, ni las fáciles promesas a los granjeros, único grupo social que ha quedado al margen de la gran prosperidad económica de la etapa republicana, ni los demasiado gastados tópicos electorales sobre supuestas inmoralidades.

La respuesta dada por el electorado norteamericano constituye, sin duda alguna, una prueba de auténtica madurez política, ya que, de un lado, ha respaldado, por una mayoría jamás conocida en la reciente historia del partido republicano, y que recuerda las jornadas triunfales de Roosevelt en los días del New Deal, al Presidente Eisenhower, al general victorioso, cuya plataforma electoral se fundaba, precisamente, en la eliminación de toda posible guerra, salvo el riesgo del honor y de la independencia nacionales, y, por otra, ha reafirmado su fe política en el partido demócrata al entregarle nuevamente las mayorías en ambas Cámaras.

¿A qué extraña y oculta razón debemos atribuir este aparente contrasentido en los resultados electorales del 6 de noviembre? Los numerosos análisis llevados a cabo en los últimos tiempos por la amplia, y en la mayoría de los casos notable, producción bibliográfica norteamericana en el campo político ofrecen diversos caminos para nuestra andadura. Por ejemplo, el ex embajador Bowles, en sus conferencias de la Universidad de Harvard, nos proporciona, junto a una exposición quizá excesivamente esquemática de la historia política norteamericana reducida a tres etapas fundamentales: Jefferson, Lincoln y Roosevelt (Franklin D.), una interpretación realmente aguda de su proceso evolutivo, que concluye con la afirmación de que nos hallamos precisamente en el tránsito hacia una nueva etapa, y que esta etapa, como ha ocurrido con las anteriores, tiene forzosamente que incorporar previamente algunos aspectos de la que inmediatamente le antecede, aspectos que, si al surgir ofrecieron un carácter de radical innovación y de absoluta inadmisibilidad por parte del grupo minoritario, terminan por conquistar una general aquiescencia y por convertirse en sustrato de toda política que aspire a obtener la activa colaboración de la mayoría. Aquí, por tanto, y sin que esto quiera decir que no volvamos sobre alguna de las tesis del ex embajador en la India, encontraríamos ya una de las posibles razones para el aparente contrasentido, ya que el Presidente Eisenhower, como muy bien saben los propios miembros del partido cuya jefatura oficialmente ostenta, ha incorporado en su obra de gobierno muchos aspectos del New Deal, y ha sido precisamente durante su primer mandato cuando la seguridad social, muy retrasada en los Estados Unidos, ha alcanzado metas que hubieran parecido revolucionarias incluso en los días de Roosevelt, y que, sin duda alguna, habrían levantado airadas protestas en el campo republicano. El principio de la responsabilidad de la Administración, en el sentido específico norteamericano, para garantizar no solamente un mínimo de liber-

tad individual, sino también un mínimo de satisfacciones económicas, forma parte ya, sin posible renunciación, del sustrato político del pueblo norteamericano.

Claro está que el aparente contrasentido del resultado electoral del 6 de noviembre tampoco podrá ser superado si nos aferramos a los propios prejuicios, fundados en los ejemplos que cada cual posee tomados de su respectivo país. La paradójica política norteamericana ofrece, a primera vista, un ejemplo realmente sedativo si lo comparamos con la atomización partidista que caracteriza a ciertas democracias europeas, o con los trágicos vaivenes de no escasos países de nuestra propia estirpe. La aceptación de unos principios básicos, tal como se contienen en la Constitución y sus enmiendas, principios que la flexibilidad política y el gran recurso de la interpretación judicial permiten acomodarlos a las exigencias de cada instante, la ausencia de partidos extremistas y la polarización de todo el cuerpo electoral en dos únicos grupos, constituyen una faceta primordial de su realidad política; pero no por ello excluyen la existencia, dentro de cada uno de los dos grandes partidos, de sectores con peculiaridad propia, como son el conservador-demócrata del Sur, con su defensa de los derechos de los Estados y su oposición a la regulación federal de los "derechos civiles"—léase igualdad efectiva, sin distinción de razas—, y los liberales-republicanos, entre los cuales podría encuadrarse al propio Presidente, al ex gobernador Warren, hoy en la cumbre constitucional, como cabeza de la poderosa Corte Suprema, y al ex candidato Dewey. Para concluir esta observación marginal, pero indispensable, bueno será transcribir la afirmación de un agudo comentarista de la vida política norteamericana, el inglés D. W. Brogan, en su *Politics in America:* "Los partidos americanos nunca han sido agrupaciones de hombres unidos en torno a ciertos principios generales de gobierno y unidos para realizar estos principios mediante medidas legislativas o de administración."

Aunque la primordial razón que origina este artículo sea, naturalmente, la posible repercusión del resultado electoral en los diversos aspectos de la política internacional, y de modo más directo en la interacción política hispanoamericana, resulta forzoso el bordear algunas facetas de la cuestión de marcado matiz interno, pero sólo en la medida en que tales facetas permitan proyectar nueva luz al tema que nos atañe.

Si examinamos las "plataformas" aprobadas en las Convenciones de Chicago y de San Francisco, descubriremos que los temas ofrecidos a la consideración del electorado son muy similares, y que

las soluciones propuestas tampoco se diferencian en demasía: paz y prosperidad; precios agrícolas; ayuda a las escuelas; programa de defensa nacional; seguridad social y salarios mínimos; política fiscal, etc. Naturalmente, los demócratas ponen el énfasis en la crisis agrícola y en la "pérdida de prestigio" de la política internacional de Mr. Dulles, y los republicanos en la enorme prosperidad económica y en la efectiva paz mantenida en los cuatro años de la Administración Eisenhower. El argumento de la paz, hábilmente adobado por la "máquina" republicana, es como sigue: En lo que va de siglo sólo se han contado tres Presidentes demócratas—Wilson, Franklin D. Roosevelt y Truman—; bajo cada uno de ellos, el pueblo norteamericano se ha visto obligado a intervenir en tres guerras: dos mundiales y la de Corea. Por el contrario, son seis los Presidentes republicanos—Teodoro Roosevelt, Taft, Harding, Coolidge, Hoover y Eisenhower—, y bajo todos ellos ha imperado la paz. (A este respecto, Hispanoamérica podría alegar ciertos datos complementarios y no siempre concordes.)

El argumento de la prosperidad puede reducirse a cifras, y éstas, por sí solas, son bien elocuentes: elevación de la renta nacional hasta límites astronómicos—400 mil millones de dólares—; justa distribución de la misma mediante la adecuada política fiscal—ingreso medio por familia, 5.520 dólares—, y extensión de la seguridad social hasta hacer posible a todo trabajador el retirarse a los sesenta y cinco años con una renta mínima asegurada que le garantice un normal nivel de vida.

Pero quizá más importante que la propia formulación de las plataformas será el subrayar el paralelismo de los dos procesos políticos ocurridos en ambas Convenciones, la demócrata en Chicago y la republicana en San Francisco: la derrota de las "máquinas". En Chicago, la inmensa mayoría de los delegados se orientaron desde el primer momento hacia Stevenson, no obstante la fuerza política del Tammany Hall y del propio Truman, que deseaban el triunfo de un candidato más "auténtico": el gobernador de Nueva York, Harriman, quien, pese a su privilegiada posición económica como heredero de una de las gigantescas fortunas ferroviarias del período "dorado", es considerado como el portaestandarte del sector "liberal-democrático". En San Francisco, la fuerte personalidad del Presidente, y la propia conciencia del partido republicano de su imposibilidad de triunfar con otro candidato, hizo menos patente la lucha, aunque el incidente de la designación del vicepresidente Nixon estaba en idéntica línea, pues si bien en un principio la oposición se fundaba en su excesiva filiación "derechista"—recuér-

dese la actuación de Nixon en el escándalo Hiss—, posteriormente se le tachaba de haberse dejado influir por el ala "liberal". En definitiva, lo que surgió de San Francisco es la posibilidad de un reajuste del viejo G. O. P. en la línea marcada por el propio Presidente en varios de sus discursos, y cuyo expositor teórico puede muy bien ser Arthur Larson, subsecretario de Trabajo y autor de un libro con título sugeridor: *A Republican Looks at His Party*. Este partido, que no necesita cambiar de nombre, vendría a ser el partido centro, que, incorporando aquellos puntos de la etapa rooseveltiana que en el esquema de Bowles ya han sido aceptados por la mayoría, a la vez se mantenga fiel a la ideología de libertad individual—entendida principalmente como libertad económica o del libre juego de las oportunidades—, que constituyó la fundamental aportación del propio partido republicano al ser creado en las vísperas de la gran contienda civil del 64.

EL "MILAGRO AMERICANO" Y SU EJEMPLARIDAD

Si del campo meramente interno, el cual, repetimos, tan sólo tangencialmente puede interesarnos, pasamos al que realmente nos concierne, esto es, a la posible proyección del resultado electoral de noviembre en la política internacional, y de modo más concreto en la interamericana o—¿por qué no decirlo?—hispanoamericana, encontraremos amplio margen para el comentario, e incluso horizonte abierto hacia la adivinación o meramente hacia el deseo.

Una de las inequívocas pruebas de la madurez política alcanzada en fecha muy reciente por el pueblo norteamericano, y a la que hacía alusión en bellísimo artículo nuestro Agustín de Foxá al hablar del "peso de la púrpura", la encontramos en su capacidad para la autocrítica. Entiéndase bien: la gran masa norteamericana sigue imposibilitada radicalmente para cualquier intento de despersonalizarse y de comprender la posición del no-norteamericano; pero sus *élites* intelectuales, e incluso políticas, se han percatado ya de que sus moldes, por perfectos que sean, no pueden reclamar la exclusividad en el mundo actual, y que para "convivir" con el resto de los pueblos lo primero que hay que hacer es admitir su individualidad, su peculiaridad, es decir, precisamente aquello que los distingue, que los hace diferentes, otros.

Resulta curioso comprobar que en este aspecto, para nosotros esencial, del momento político norteamericano no hay tanta diferencia entre las tesis—apasionadas, pero sinceras—de un hispano-

americano como Ycaza Tijerino y las realistas y frías conclusiones de Kennan. Es cierto que, como subraya Ycaza Tijerino, el origen remoto del imperialismo norteamericano, en su versión primordial de su política expansionista, primero, e intervencionista, después, debemos buscarlo en la teoría calvinista de la predestinación, que por cauces bastante conocidos conduce a la idea de "país elegido" y a la valoración del éxito económico como prueba de esa misma predestinación, hasta llegar a la afirmación, un tanto escandalosa, de que los Estados Unidos son "el propio país de Dios", frase que bien pudiera emparejarse con la divisa de la Wehrmacht: "Dios con nosotros." (Desgraciadamente, no es el momento de dedicar mayor atención a este fenómeno de la transposición a las tierras vírgenes, paradisíacas, del Nuevo Continente, de la ideología calvinista y de su progresiva "americanización", tal como lo estudió Parrington.)

Por su parte, el ex embajador en Moscú y "planificador" de la política internacional en los años de 1947 a 1950, en sus conferencias de la Universidad de Princeton, supedita originariamente la política exterior de su país a la realización de los fines señalados por la propia Declaración de Independencia, esto es, defensa de los derechos individuales—vida, libertad y prosecución de la felicidad—, salvaguardia de la propiedad, lo que, trasladado al campo internacional, se concreta en la defensa militar de la integridad nacional; y nótese bien este segundo aspecto por sus incalculables repercusiones en la política hispanoamericana, en proporcionar a los nacionales, con intereses e inversiones en el extranjero, la mejor ayuda y protección que pueda dárseles. Esta cruda y radical esquematización de una política internacional puede arrojar luz meridiana sobre muchos aspectos de la Historia; pero para nuestro empeño resulta más importante subrayar la etapa siguiente del pensamiento de Mr. Kennan, la referente a la renunciación del por él mismo calificado como "sueño americano": la "ejemplaridad" para el resto de la Humanidad del pueblo norteamericano; la posibilidad de trasplantar a cualquier geografía las mismas fórmulas políticas que habían hecho posible el "milagro" norteamericano. Esto es lo que conoció el mundo de la entreguerra como el fenómeno wilsoniano, con su apostilla Briand-Kellogg y la política de apaciguamiento ginebrino en presencia de Litvinov.

Pero tanto la primera como la segunda de las etapas señaladas por el propio Kennan han probado su inviabilidad, y el conferenciante llega a la conclusión, y esto es lo que nos importaba subrayar, de que la gran lección que deben tener presente los "americanos"

—léase norteamericanos—, "en relación con la metodología de la política exterior", es que la vida internacional es un "proceso orgánico", y que "no creamos las fuerzas a tenor de las cuales dicho proceso opera"; que "debemos aprender a tomar estas fuerzas tal como realmente son..., no arrancando las plantas de raíz cuando [dichas fuerzas] no se comportan como nosotros desearíamos que lo hicieran". Llegados a este punto resulta, ciertamente, mucho más hacedero el diálogo entre los pueblos. Pero el problema reclama mayor atención.

LA CAMPAÑA ELECTORAL

Aunque otra cosa pudiera deducirse de la crítica situación internacional en los días inmediatamente anteriores a la jornada electoral, resulta fácil comprobar que el "énfasis" de la campaña, para utilizar una expresión tan típicamente norteamericana, estaba más bien del lado de la política interna. Si, por ejemplo, tomamos el gran discurso del Presidente en Madison Square Garden, el 25 de octubre, transmitido y televisado a todo el país, encontraremos que en sus diez puntos programáticos, es decir, aquellos aspectos que él consideraba como los más indicados para asegurar al partido republicano la mayoría—su propia elección estaba ya fuera de duda—, no hallan cabida afirmaciones o fórmulas sobre política internacional, y tan sólo en el décimo se asoma tímidamente el mundo exterior al comprometerse solemnemente el Presidente a procurar la revisión de las leyes de inmigración, "para servir a nuestro propio interés nacional, promover el entendimiento mutuo y dar nueva validez a la misión directora de América. Porque es extraño al verdadero espíritu de América el que cualquier hombre pueda ser juzgado por el lugar de nacimiento o por el acento de su habla". Quizá fuera fácil encontrar una explicación a esta postura si se admite que el mayor obstáculo para la victoria republicana, y los resultados electorales lo comprobaron, estaba constituído por la efectiva condición minoritaria del G. O. P.

Por el contrario, el candidato demócrata no tenía que preocuparse excesivamente por el triunfo de su partido en las elecciones legislativas y locales; pero se veía forzado a plantear la batalla contra Eisenhower precisamente en el mismo campo en que fundamentalmente fué derrotada la Administración demócrata en 1952: el de la política internacional. Mr. Stevenson, en su discurso de Oakland, de 11 de octubre, esgrimía como *slogan* fundamental el

que la derrota demócrata de 1920 había reintegrado el Gobierno al control de los financieros y de los aislacionistas, y en el del Madison Square Garden, del 23, construía su principal alegato sobre los dos grandes errores que, a su juicio, había cometido el "equipo" republicano: el mantenimiento de Mr. Dulles y la gestión de Ezra T. Benson como Secretario de Agricultura. Las noticias periodísticas al alcance del último elector, y eso que todavía no se había desencadenado la gran tragedia de Hungría, le permitían hacer desfilar ante sus oyentes, y ante los millones de posibles votantes que por radio y televisión le seguían, un cuadro pesimista, cuya responsabilidad, naturalmente, echaba sobre las espaldas de Mr. Dulles: "Sabemos que no podemos ganar la gran batalla de nuestro siglo bajo una jefatura cuya única esperanza reside en que el comunismo pueda, al fin, sentirse exhausto a fuerza de éxitos."

Junto a esta llamada al sincero sentir anticomunista del electorado norteamericano, el candidato demócrata, a fuer de buen psicólogo, levantaba un estandarte tras el cual esperaba desfilarían en la jornada decisiva millones de votantes indecisos: la prohibición de la bomba de hidrógeno. Y no faltaban citas de autoridad, incluyendo las palabras de *His Holliness, Pope Pius,* en el Mensaje de Navidad, que fueron leídas y subrayadas por el orador.

Y, sin embargo, el pueblo norteamericano, en la hora decisiva de ese martes otoñal, reiteró su fe en el Presidente Eisenhower, proporcionó la mayoría en ambas Cámaras al partido demócrata y derrotó, por segunda vez, al candidato Adlai E. Stevenson, demócrata "del medio del camino", el mejor orador político actual de su país, representante de los "cabezas de huevo" (intelectuales) y debelador del titular del Departamento de Estado. Quizá ocurrió todo esto porque, como concluía uno de los más conocidos columnistas, David Lawrence, "no es éste el momento de arrojar al general Eisenhower de su puesto de comandante en jefe del Ejército, de la Marina y de las Fuerzas Aéreas, y colocar al inexperto Adlai Stevenson al frente de nuestro destino".

LA SOMBRA DE MOSCÚ

Ya tenemos, pues, asegurada una nueva Administración republicana, aunque con Congreso demócrata, por lo menos en su primer bienio. ¿Qué perspectivas se ofrecen ante nuestra vista y cuáles podrán ser los cambios más fundamentales que en política exte-

rior sea posible prever en mundo tan movedizo como el que nos sirve de soporte?

La primera Administración Eisenhower—pronto habrá que citarla de esta forma—llevó a cabo una política internacional que, si pudiera ser representada gráficamente, adoptaría la forma de una curva, cuyo punto más alto podría llevar el nombre de "Conferencia de Ginebra", y el más bajo coincidiría, muy probablemente, con la ruptura del frente diplomático atlántico en la víspera misma de las elecciones. Es curioso subrayar que se inició con la gran crisis interna rusa desencadenada por la desaparición de Stalin, y que pudo muy bien concluir a consecuencia de la proyección en el Medio Oriente, y de modo más trágico en Hungría, de una nueva fase de esa propia crisis rusa. Los propósitos que abrigaba el Presidente en materia de política internacional, dejando aparte el cumplimiento de su promesa electoral de visitar personalmente Corea, los encontramos en su discurso de 16 de abril ante la Sociedad Americana de Editores de Periódicos: "El mundo sabe que una era ha concluído con la muerte de José Stalin." Los problemas a la vista tenían estos nombres: Corea, Tratado con Austria, liberación de prisioneros de guerra, intervención comunista en Indochina, unidad de Alemania y libertad de los países del este de Europa. El lector puede formularse su propio juicio valorativo en cuanto a lo logrado y a lo que continúa figurando como meta a alcanzar.

La segunda Administración Eisenhower, que realmente podemos dar por inaugurada con las gestiones iniciadas tan pronto como el resultado electoral se hizo público, tiene que tomar como punto de partida y piedra de toque el balance que resulte del autoexamen en su primera etapa. Bastaría señalar el modo bastante distinto de reaccionar del Presidente cuando, aún candidato, habló sobre la "liberación de los pueblos de la Europa occidental", y el doloroso, pero necesario, autocontrol de sus sentimientos en las horas más negras de la represión rusa en Hungría. Al inaugurar su primer período presidencial podía abrigarse cierta duda en torno a la evolución interior rusa, a la posible "coexistencia pacífica"—nótese que nunca se habló de "convivencia"—, como si todos estuvieran interesados en olvidar la experiencia ginebrina y los discursos de Litvinov.

Poco a poco se va abriendo camino en todas las mentes la absoluta necesidad de admitir que el proceso abierto por las revoluciones políticas subsiguientes a la primera guerra mundial, y del cual fué tan sólo una manifestación la segunda, no ha concluído,

y que para superarlo no son suficientes las fórmulas tantas veces esgrimidas como panaceas universales. Como muy recientemente subrayaba Henry A. Kissinger *(Foreign Affairs,* octubre 1956), la función de la diplomacia no puede ser la misma cuando se cree en un orden legítimo o cuando se admite un orden revolucionario; en el primero de los casos, la diplomacia procura superar los desacuerdos como medio para perpetuar el propio sistema internacional, ya que "existe un tácito acuerdo para llegar a un acuerdo"; en el orden revolucionario, los compromisos tienen primordialmente un significado táctico: preparar las posiciones para la próxima prueba de fuerza. Por muy ardiente que sea la defensa de "la tradición americana" en política exterior, tal como la plantea Tannenbaum al anatematizar las tesis "antiamericanas" de Morgenthau y de Kennan, por fuerte que sea la posición del sector representado por el senador Knowland, lo cierto es que la nueva Administración Eisenhower tendrá que hacer frente, con armas y fórmulas "nuevas", a la situación internacional, que, indudablemente, hará crisis dentro de los cuatro años de su duración. Y esta gran responsabilidad, por imperativo mismo de la peculiaridad del orden constitucional norteamericano, recaerá en primerísimo lugar, y sin posible delegación, sobre el propio Presidente Eisenhower.

"MÁS Y MENOS QUE UN REY"

Uno de los argumentos más pródigamente utilizados en la campaña electoral demócrata contra Eisenhower fué, precisamente, el de afirmar que el Presidente había "delegado" demasiadas facultades; que tanto la figura en la penumbra de Mr. Adams, como las muy en primer plano de Nixon y Dulles, sin olvidar la influencia personal de su hermano Milton, capitidisminuían la misión rectora y decisoria que al Presidente confiere la Constitución. Sin embargo, no resultaría difícil encontrar la personal decisión del Presidente, incluso frente a presiones procedentes de su propio partido, especialmente la de Knowland, o la menos calificada de McCarthy, en momentos tan peligrosos como los de las crisis de Indochina y Formosa y en los recentísimos de las del Canal de Suez y el genocidio de Hungría.

Efectivamente, no existe en la actualidad, ni siquiera en la jerarquizada U. R. S. S., una posición personal sobre la que recaigan mayores facultades en un momento decisivo. Aunque el Presidente

Eisenhower ha insistido una y otra vez, y lo ha demostrado con su actuación, que jamás dará un paso hacia la guerra sin la previa aquiescencia del Congreso para la movilización de las fuerzas armadas, no está tan lejana la decisión, por otra parte muy defendible, del Presidente Truman ante la agresión en Corea y el hábil, y bastante más discutible, modo de actuar del Presidente Roosevelt para colocar a su país ante el "hecho consumado" de la agresión nipona.

Por mucho que sea el optimismo interior del pueblo norteamericano, y en el orden puramente externo y económico tiene sobradas razones para ello, sabe que no son estos tiempos como para seguir el consejo, excesivamente inglés, de lord Bryce cuando intentaba explicar el "porqué los grandes hombres no llegan a ser Presidentes". Si en la serie presidencial podrían señalarse numerosos nombres "mediocres", y a fuer de extranjeros nos está vedado incluso el mero repetir de los que los propios nacionales señalan con extraña unanimidad y sin distinción de partidos, no es menos cierto que en las etapas críticas no le faltó al electorado norteamericano un sexto sentido para elegir a la persona más "adecuada".

Ante este Presidente, que, como señaló ya hace algún tiempo Laski en su estudio sobre la institución, "es, a la vez, más y menos que un rey; es, también, más y menos que un primer ministro", se ofrecen un haz de posibilidades no muy variadas; pero, sobre todo, se alza un clamor de voces procedentes de todos los campos, que le exigen el cumplimiento de un deber histórico absolutamente irrenunciable, y sin que pueda admitirse el escapismo de un retorno al trasnochado y totalmente inoperante aislacionismo.

Si pasáramos revista a la serie de fórmulas utilizadas en cada momento histórico, veríamos que de poco o nada sirven para las circunstancias actuales, y la recentísima intervención anglofrancesa en Egipto sería buen argumento a favor de nuestra tesis. Sin retroceder a tiempos lejanos, podríamos traer a colación las sucesivas etapas de "equilibrio", de *statu quo*, de "imperialismos", de "zonas de influencia", de "política de prestigio", de "intervencionismo", de "colaboración mundial", de "seguridad colectiva", de "coexistencia", de "gobierno mundial", etc., etc. ¿Cuál de ellas tendría vigencia precisamente hoy, un día cualquiera del mes de noviembre de 1956?

Aunque, ciertamente, no podamos, sin previa renuncia a nuestra radical condición de españoles, aceptar en toda su integridad la posición "realística", actualmente en boga en amplios sectores

universitarios norteamericanos—Morgenthau, Osgood, Kennan—, sí tenemos que aceptar la situación internacional tal como es, en toda su crudeza, sin que nuestros buenos deseos empañen esa primaria percepción de simples hechos, independientemente del juicio valorativo que sobre los mismos formulemos. Y esta realidad ofrece, entre otros "hechos" fácilmente captables, la sencilla aserción de que hoy, en 1956, no se puede prescindir en política internacional de uno cualquiera de estos tres supuestos: la incorporación del grupo afroasiático, hasta ayer mismo en plena etapa colonial; la imposibilidad de vencer por el mero ejemplo o por la virtualidad de una ideología, que no siempre es actual y fácilmente transplantable, al bloque soviético, y, por último, que la contraposición entre los dos bloques continuará, y que el mundo soviético aplazará, tanto tiempo como le convenga, el choque bélico, por la propia confianza que tiene en la "objetividad" de sus tesis y en el triunfo final de las mismas mediante los oportunos "caballos de Troya".

De otro lado, y pese al reciente y trágico balance de la subversión húngara, la única posibilidad de lograr una progresiva recuperación para el mundo libre de esos países hoy sojuzgados es la evolución interna, en sentido contrario a la de los años que siguieron a 1945, renunciando de antemano a un retorno puro y simple a estadios superados en la vida nacional de esos mismos pueblos. Posiblemente, cuando pueda llevarse a cabo un estudio sereno de la rebelión húngara, se encontrará alguna otra "explicación" que añadir al poderoso argumento de las divisiones blindadas rusas aplastando la heroica resistencia de la población de Budapest. Trasladando el argumento a nuestro propio campo, el mejor glacis defensivo para el sistema político de los Estados Unidos lo constituirá el integrado por los países que hayan logrado, mediante las oportunas reformas políticoeconómicas interiores, el impedir la penetración de esos invisibles "caballos de Troya", que sólo esperan el momento propicio para descubrir lo que en sus entrañas ocultan.

En la nueva Administración Eisenhower, el problema "continental", es decir, la interacción americana, debe ocupar, y necesariamente ocupará, un lugar más preferente que en su primera etapa. La propia autocrítica, a la que ya calificábamos al comienzo de este comentario como de prueba de la madurez alcanzada por el pueblo norteamericano, facilita el replanteamiento de las relaciones interamericanas bajo supuestos menos sospechosos. Si el tratado de asistencia recíproca de Quintandinha (1947) podía calificarse

de "fórmula de urgencia" dada la proximidad de la última conflagración mundial, o como intento de aislacionismo del hemisferio, el fracaso de los planes norteamericanos en Bogotá (1949) sacó a la luz de los incendios del "bogotazo", de un lado, que dichos planes eran prematuros, y, de otro, que ya Rusia adivinaba el grave riesgo que para sus proyectos encerraba la existencia de una sincera cooperación interamericana.

La "visita de buena voluntad" de Milton Eisenhower, y de modo más concreto la reunión de los Presidentes en Panamá, unido al inevitable sentimiento de disgusto y despecho que la actitud franco-inglesa habrá producido en grandes sectores de la vida norteamericana, pueden convertirse en argumentos marginales en favor de nuestra tesis. Pero todavía lo es más la reunión actualmente en curso en Chile de la C. E. P. A. L., el más serio intento de llevar a feliz término una cooperación económica, que el propio Instituto de Cultura Hispánica, editor de estos CUADERNOS, viene defendiendo últimamente.

Pero, y volviendo al punto de partida, lo primero es que exista por parte de los Estados Unidos un reconocimiento expreso de la peculiaridad de los países hispánicos, que la geografía unitaria del hemisferio no implica la uniformidad de sus integrantes humanos. Y que la comunidad de los pueblos hispánicos sienta, en toda su magnitud, el imperativo histórico de encontrar por sí misma las razones que la hacen acreedora a esa "peculiaridad", ya que, como dice en bellísimas frases el más grande poeta católico norteamericano, Thomas Merton: "Tú no puedes decirme quién soy yo y yo no puedo decirte quién eres tú. Si tú no conoces tu propia identidad, ¿quién va a identificarte? Otros pueden darte un nombre o un número, pero no pueden decirte quién eres realmente. Eso es algo que solamente tú puedes descubrir desde tu propio *yo*."

En estas horas, en que parecen cumplirse realmente las agoreras adivinaciones de Koestler en su profunda e impresionante novela, concluída en 1950, *The age of longing*, los pueblos hispánicos pueden aportar su voz esperanzadora al cortejo fúnebre de monsieur Anatole, sin que ello implique, bajo ningún aspecto, el deseo de que el mundo de monsieur Anatole resucite.